

**MONTERO GLEZ
TALCO Y
BRONCE**

VIII PREMIO **JOÑO** DE NOVELA
GRON

algaida



Un jurado compuesto por Ángel Basanta, Jesús Ferrero, Félix G. Modroño, Manuel Jabois y Vicente Molida Foix designó a la novela *Talco y bronce*, de Montero Glez, ganadora del VIII Premio Logroño de Novela, convocado por el Ayuntamiento de Logroño, la Fundación Caja Rioja y Algaida Editores (Grupo Anaya).



© Montero Glez, 2015
© Algaida Editores, 2015
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: REGA
ISBN: 978-84-9067-188-7
Depósito legal: SE. 192-2015
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PARTE I

1	13
2	20
3	25
4	33
5	38
6	44
7	50
8	55

PARTE II

1	63
2	66
3	79
4	85
5	91
6	97
7	104
8	111
9	120
10	123
11	126
12	133
13	142
14	150

15	161
16	171
17	182
18	193
19	203
20	208
21	216
22	220
23	228
24	235
25	245
26	250
27	259
28	264

PARTE III

1	273
2	277
3	281
4	285
5	289
6	295
7	299
GLOSARIO	305

*Era un tío chungo. Peligroso.
Más cerrado que una navaja abierta.*

Ragged blue, David González

I

JURO POR MI LIBERTAD QUE LO VOY A MATAR.
Lo habían tramado esa misma tarde, en la intimidad del coche; un Seat 1430 color rojo, aparcado en la cuneta. Tenía matrícula falsa y tapicería semejante a la piel de una rata vieja.

En el asiento de atrás, el Chuqueli se vestía para la faena.

—No mola ni un poquito —iba diciendo el Chuqueli—. A mi menda le mosquea. Apesta a rollo chungo, nena.

Pero la Malata no atendía a razones. El fuego de la venganza iluminaba su rostro. Con los puños prietos sobre el volante, repitió:

—Juro que lo voy a matar.

Llevaba el pelo recogido con horquillas, ajustadas a los lados de las sienes, y los párpados se extendían, dejando a la vista los ojos rasgados de rabia. Por el retrovisor, el Chuqueli pudo advertir la carga de aquella mirada y llevó

el garabato de los dedos hasta el vientre de la Malata, de pocos meses.

Ella le cogió la mano, apretó con fuerza y siguió hablando como si viviera las cosas antes de que pasasen.

—En la misma habitación del hotel, en un pispás, me lo cargo —aseguró la Malata con ese toque peligroso que ponen las mujeres en la voz cuando retan a la muerte.

El Chuqueli arrugó el gesto, poco convencido.

La Malata no necesitó abrir los ojos para darse cuenta. Al Chuqueli, la idea no le gustaba ni un poquito. *Nasti de plasti*¹. Con todo, la Malata dio a entender que no quedaba otra que matarlo. De lo contrario, si no lo hacía, si no se lo cargaba, aquel hijo de las mil putas sería capaz de encontrar sus huellas donde nunca hubiesen puesto los dedos. «Ya te digo, Chuqueli.» La Malata también dio a entender que era de ley que fuese ella —y nadie más— quien llevase a cabo el sacrificio.

La presión de la ira agitó su pecho y se limpió la nariz con la manga del jersey. Se sorbió los mocos y añadió:

—Es cosa mía, quiero ver cómo se le saltan los ojos. Como dos globos, ya te digo.

—Y mi menda lo único que quiere es que te lo pienes bien —saltó el Chuqueli—. El odio raya mucho, nena, hace cometer errores, ya sabes, es tan peligroso como el

¹ Aunque el autor recomienda al lector que trate de averiguar por sí mismo el significado de los términos de argot, experimentando así un viaje al lenguaje de otra época, al final de la novela se incluye un breve glosario de los mismos, cuya primera aparición se señalará con una cursiva.

amor. Si nos ponemos vengativos, también habrá que *dar mulé* al joyero.

El Chuqueli hizo un silencio y después añadió:

—Y al Conde.

La Malata trató de sonreír pero no pudo. Al final abrió lo suficiente la boca para decir:

—Lo he pensado bien. Juro.

—Vale, nena, pero no te pongas nerviosa. Ya sabes cómo va esto aquí, o se mata de tranquilo o te matan.

Entonces la Malata intentó sonreír de nuevo. Con el mismo desgarró de un animal salvaje y sin cambiar el gesto, aseguró:

—Ya te digo, a ese hijo de las mil putas le gustaría meterse en la misma cama con los dos. Contigo y conmigo.

—Qué cosas tienes, nena —dijo el Chuqueli con la cara grave, poco convencido de su asombro.

—Pero no hay cojones —siguió la Malata—, no es tan macho.

Dicho esto, la Malata probó a sonreír. De nuevo sus labios se resistieron a mostrar una felicidad que no existía. El gesto de dolor se acentuó por un instante, igual que si dos navajas invisibles abrieran lo más amargo de su boca. El Chuqueli parpadeó aturdido y fue a decir algo pero se contuvo. Echó una mirada al retrovisor y se pasó la mano por las puntas de una barba que empezaba a cubrir la mandíbula. Tenía la misma expresión en la cara que se les queda a los muertos antes de cerrarles los ojos.

—Ya te digo, Chuqueli.

La tarde caía al otro lado del parabrisas y el olor a gasolina y aceite se juntaba con el obscuro aroma de la clandestinidad, igual que años antes, cuando el Chuqueli la enseñó a conducir el mismo coche donde ahora fermentaba la venganza: un Seat 1430 color rojo con un motor que petardeaba como una loca a toda velocidad por las carreteras del delito, esas mismas carreteras que unían el aeropuerto con la orilla de Madrid, donde los aviones volaban tan bajo que daba vértigo mirarlos. Había corrido mucho tiempo desde entonces, cuando se conocieron, y el Chuqueli la llevaba a que aprendiera a conducir. Ahora la veía por el espejo retrovisor. Aquella niña de entonces había dejado de ser bonita para convertirse en una mujer guapa. Desde el asiento de atrás, el Chuqueli volvió a acariciar su vientre. Esta vez cerró los ojos, en un gesto de culpabilidad, y dijo:

—Mi menda echó las cuentas y tú ganas, nena.

Luego el Chuqueli se siguió vistiendo en silencio, con aquel mono azul que le venía grande pero que daba el pego. Era igual o parecido al que se ponían los empleados de la limpieza del hotel.

Su nueva identidad.

Ella le devolvió la mirada por el espejo retrovisor. Favorecida por una confianza tan vieja como el universo, le siguió contando el plan:

—Que todo el mundo piense que salió a dar un *vol-tio* y fuese a volver de un momento a otro.

La Malata hizo una pausa y siguió vistiendo sus palabras con un traje de saña.

—Pero no volverá, ya te digo. Se contarán historietas. Que si se fue con una *pilingui*, que si tal, que si un ajuste de cuentas, que si Pascual. Pero como nunca aparecerá el cadáver, no se podrá demostrar, ya te digo. Por el hotel no hay problema. No quieren *jaris*. Mira lo que pasó en el hotel de México cuando aquella zorra quiso tendernos la trampa...

La Malata volvía a un terreno que a ambos les resultaba incómodo. Hubo un silencio que habló por sí solo y entonces ella desvió la conversación hasta un pantano, algo retirado de Madrid, y por donde la Malata pasaba cuando era niña. La misma carretera que iba a la casa de su abuela, según contó ella.

—Íbamos a montar en barca, con mi tía. Es profundo, cubre tela, una vez se ahogó un chaval y todo. No lo encontraron, ya te digo. Hay muchas corrientes. Es un lugar seguro. Un sitio más callado que una tumba.

—Mira, nena, tú no te preocupes por lo de después. Eso es cosa de mi menda. Tú lo que tienes que hacer es matarlo y luego vas y lo envuelves con la alfombra y amarras *dabuti* las puntas de la alfombra con la misma cuerda que lo ahorques. ¿Me has oído, nena?

El Chuqueli señaló el asiento de delante, el bolso abierto, dejando a la vista unas cuerdas de guitarra que sobresalían como las patas de un bicho gigante.

Luego el Chuqueli dijo algo más pero no se oyó, culpa del camión que pasó rozando la cuneta y que hizo retem-

blar la ventanilla, arrastrando una nube de polvo que cubrió las palabras. Entonces la Malata llamó al Chuqueli con un movimiento de su dedo, pidiéndole que se acercara al asiento.

—Dime una cosa.

El Chuqueli arrimó la cara.

—Tú dirás, nena.

—¿Cuándo fue la primera vez que mataste?

Al Chuqueli no le pilló de sorpresa. Se lo sabía de memoria. Lo había repasado muchas veces, tantas que ya le sonaba a mentira. Ocurrió en una emboscada, un asunto que parecía fácil a primera vista. El Chuqueli cerró los ojos por un instante y arrugó su cara y siguió hablando:

—El *julái* tiró de navaja y lanzó un viaje a mi menda. La puñalada pasó de raspón. Entonces mi menda dijo: «Un hombre no cabe por la boca de otro», y mi menda fue más rápido y metió *bardeo*. Varias veces seguidas.

—¿Y qué se siente? —preguntó con interés la Malata.

—Mira, nena. No tiene que ver nada con como sale en las películas. La diferencia es que cuando tú le das mulé a algún *julái*, no hay tiempo para los ensayos. Además, una vez que te cargas al primero, los siguientes vienen solos.

—No me refiero a eso.

El Chuqueli captó la profundidad de la provocación desde el asiento trasero y ella le volvió a hacer una seña para que se acercase más. El Chuqueli aproximó el resuello. Acechado por el remordimiento, la miró muy fijo.

—Si lo dices por algo especial, nena, en la última puñalada, la que se quedó dentro del corazón, mi menda pudo sentir los latidos hasta las cachas del bardeo. El julái se moría porque las palpitaciones aflojaban.

—¿Y a ti, te dolió?

El Chuqueli aseguró que no hay criminal que no tenga conciencia de su mal aliento:

—Mira, nena, eso que dicen de «Puñalada en panza ajena no duele» es mentira. Tú misma. Eso es cosa de las películas pero, si tú quieres, nena, lo dejas. Como que mi menda y tú nos quitamos de en medio y nos vamos a México del tirón.

Una sacudida recorrió el lomo de la Malata.

—Nunca lo he tenido tan claro, ya te digo. En este puto mundo un policía vale lo mismo que el siguiente. Aunque venga solo y sea de la secreta. Ya te digo, me lo voy a cargar.

La Malata lo afirmó con esa rabia sorda que llevan las mujeres cuando han sido dañadas. Un sentimiento que sólo encuentra alivio en la venganza.

El Chuqueli la intentó aplacar, acercando la voz cálida y rota hasta el asiento; alargó la mano y rozó su mejilla, como si quisiera hacerle una caricia que al final se quedó en nada. «Tranqui, nena, tranqui», le dijo. La Malata apretó los ojos y el Chuqueli se subió la cremallera del mono de trabajo, hasta el cuello, igual a una cicatriz que le cosió el cuerpo en dos mitades.